

Pero..., ¿cómo se explica todo esto?...

CON motivo de los últimos tristes sucesos de Vitoria vinieron muchos informadores. Varios periodistas españoles y algún extranjero no podían comprender lo ocurrido. Me preguntaban, extrañados: "¿Cómo se explica esto?..."

No es fácil la contestación. Pero sí se puede decir que no es verdad que haya surgido de pronto, como por generación espontánea. Estos fenómenos, como los de la Naturaleza, no se producen por saltos. Siempre hay una causa escondida que puede dar un fundamento.

En un país intensamente politizado como es la tierra vasca, cualquier motivo puede ser suficiente para desencadenar un conflicto de incalculables consecuencias. Se vive aquí la actualidad política con intensidad inusitada y con un gran dramatismo, contenido por la misma idiosincrasia de las gentes. La sociedad es en las Provincias Vascongadas extraordinariamente dinámica. Esta misma explosión de vitalidad está empujando inexorablemente hacia normas de convivencia de una gran libertad. Ha habido momentos en que las prometidas reformas frenaron un poco estas ansias, pero lo anunciado no llega con la premura que las gentes de la calle desean. No se puede decir que vivimos en democracia cuando, por cualquier circunstancia, surge la forma de gobierno autoritaria y dictatorial. Esta manera de gobernar parece al País Vascongado confusa y, además, peligrosamente grave. No hay confianza en los gobernantes, no hay confianza en los propios convecinos. Y cuando no existe esta confianza no se puede convivir. Por eso, aquí, en el País Vasco, las asociaciones políticas no han tenido el menor eco. Todavía, tampoco los partidos políticos. Es natural, porque no están permitidos por la ley —y esto es fundamental para su existencia—. ¿Quién se atrevería aquí a levantar bandera en torno a un partido? Nadie, excepto los comunistas y los carlistas. He aquí el gran defecto. Han dicho que lo de Vitoria se debe a los comunistas. Tengo razones suficientes para negar este supuesto. No discuto

que algunos de los dirigentes puedan serlo. Tampoco pongo en duda que las técnicas de piquetes y otros métodos empleados para la movilización y encauzamiento de las masas en la calle, en las asambleas, con la imposición del voto por mano alzada en lugar del voto secreto y en las plataformas reivindicativas de lucha puedan tener un matiz comunista. Sin embargo, yo diría que estos métodos debe conocerlos y emplearlos todo aquel que quiera movilizar —en el mejor de los sentidos— cualquier tipo de muchedumbres. En esto, la sociedad ha cambiado totalmente. Y aquí encuentro yo el mayor vacío y la razón fundamental para que los acontecimientos de

en los obreros de Forjas de Bérriz, que se ofrecieron en bloque a trabajar horas extraordinarias con el fin de allegar los recursos necesarios para el rescate del joven Luis Arrasate, secuestrado y, por fin, liberado en su día; recursos que la familia propietaria de la fábrica no tenía. ¿Se puede pedir más solidaridad entre trabajadores y empresarios?...

Otra cosa es que se hayan aprovechado hábilmente las diferencias entre obreros y empresarios para prolongar a lo largo de dos meses la huelga. ¿Por qué ha sucedido esto? Por la gran defección, por la gran ausencia del conflicto que ha sido la Organización Sindical. Ni patronos ni obreros han encon-

Felipe G. de Albéniz (*)

Vitoria hayan tenido la importancia que se les debe conceder.

Nadie discute aquí que no tengan razón los obreros en solicitar mejoras. Vitoria y su zona son, seguramente, las de mayor renta "per cápita" de España. La industria está bien asentada financieramente, en general. Es industria, en su mayor parte, mediana y pequeña, de especialización. El peonaje no abunda. Las retribuciones son altas. Sin embargo, los trabajadores pueden pedir más. Y, en general, las gentes de aquí son de las que suelen sentarse en torno a una mesa y dialogan, transigen y, en consecuencia, conviven. Un ejemplo bien reciente lo tenemos

trado en los Sindicatos oficiales un camino expedito para el tratamiento y la resolución de sus problemas. Los unos, los obreros, los rechazaban. Los otros, los patronos, no tenían medios hábiles para utilizarlos. La Organización Sindical no ha tenido en ningún momento el menor protagonismo. Ha sido, como antes hemos dicho, la gran ausente en este penoso conflicto de Vitoria.

Hablábamos antes de vacío. Y lo ha habido. Es evidente que aquí, al margen de los Sindicatos oficiales, han existido unos líderes que polarizaban una parte muy importante de los obreros en huelga. Pero tampoco

pone nadie en duda que palpita un extendido sentir en los medios obreros, contrario a todo radicalismo. A estos obreros les ha faltado el líder que interpretara hábil y claramente su pensamiento y sus deseos y los proyectara con decisión enfrente de los planteamientos radicalizados. ¿Quién debiera haber hecho surgir a estos hombres directivos? Indudablemente, la Organización Sindical. ¿Pero dónde han estado estos líderes formados por los Sindicatos oficiales, con toda su flamante escuela de mandos sindicales? Nadie los ha visto. Es más. Nadie los ha llamado ni se ha acordado de ellos. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que no existen. La verdad es que para este viaje, preparado durante cuarenta años, no necesitábamos alforjas.

¿Se puede suplir este vacío, al margen también de la Organización Sindical, que, tal como está, no sirve para nada? Sí, se puede suplir. Aquí, en esta tierra vasca, se dan los hombres de buen sentido y líderes de inteligencia natural, como el peral produce peras. De ese pueblo han salido los mejores empresarios. Casi todos los empresarios vascos vienen del campo obrero. Y ellos ostentan esta procedencia como su mayor orgullo. Sólo se precisa de una condición: Que sepan que su liderazgo es lícito, que esté claramente permitido en la ley. Que se permitan las organizaciones políticas y obreras. ¿Cómo? Yo no lo sé. Yo no soy legislador. Pero si en este mismo momento se entregaran los Sindicatos oficiales a los Consejos de Trabajadores y de Empre-



sarios, para que ellos trataran de buscar la salida a este embrollo en que está metida ahora mismo la Organización Sindical, tal vez sería el mayor acierto. Los empresarios y los trabajadores, libres de toda injerencia estatal, independientes, por lo tanto, sin ministro de Relaciones Sindicales, sin delegados provinciales de Sindicatos, sin el recurso del anunciado Congreso Sindical, puede ser, digo, que encontrarán el buen camino para proseguir el trabajo en paz, para incrementar el desarrollo conseguido y para potenciarlo en los años que vienen. Esto —o otra cosa equivalente— es lo que se vislumbra a la luz de los trágicos acontecimientos de Vitoria que pueden repetirse en cualquier otro lugar de España, porque en todo el territorio nacional se observa claramente que los obreros no quieren esos Sindicatos y que los patronos —sin los obreros— no pueden utilizarlos. Esta circunstancia que está ahí, desparramada por España entera, de rechazo de la Organización Sindical, es el mejor caldo de cultivo para que agentes desaprensivos y que saben a dónde van nos muevan a las masas trabajadoras sin posibilidad de hacerles frente con razones, con llamamientos a la serenidad, a la sensatez, al sentimiento íntimo de la libertad entera y verdadera. Porque este frente se hace con hombres honrados —que los hay—, con hombres preparados —que no los hay—, como consecuencia de que no existe libertad y nadie va voluntariamente a la cárcel. Créense cauces abiertos, claros, responsables, libres, y veremos cómo, muy pronto, los extremismos radicalizados e irracionales tendrán contestación en libertad, en razón y en convivencia humana. A nuestro juicio, la carencia de líderes, de esta última clase de líderes, ha tenido el 90 por 100 de la culpa de lo sucedido en Vitoria. El lector podrá preguntar por qué no se abren, de una vez, los caminos hacia esa libertad sindical.

Aparte de estas motivaciones, existen otras varias que, desde nuestra vida doméstica vitoriana, es preciso considerar con mucha atención. Las notas de la Diputación Foral y del Ayuntamiento de Vitoria culpando a la actuación gubernamental la responsabilidad de lo sucedido, han llegado tarde y mal. Es muy fá-

cil decir ahora eso. Pero nuestras Corporaciones Locales debían haber hablado antes. No han querido decir nada, sin embargo, para no equivocarse o, por temor de desagradar a su amo, que no es el pueblo. El pueblo vitoriano estaba muy descontento con la actuación de las Corporaciones indicadas. Desde hace varios años está sufriendo una gran parte de la población deficiencias en el servicio de aguas. No se resuelve este largo calvario por incapacidad o por incompetencia de, sobre todo, el Ayuntamiento. También este descontento ha influido sin duda, en los acontecimientos. En las explosiones de los pueblos, como en el alma, no se pueden establecer compartimientos estancos de las distintas amarguras. Saltan a la vez, y entonces, inexplicablemente para muchos, se producen los grandes crímenes individuales o las grandes catástrofes sociales. Por eso, a nadie extraña en Vitoria que se pida a voz en grito la dimisión de la Diputación Foral y del Ayuntamiento en pleno. Ambas Corporaciones tienen su gran parte de responsabilidad.

Como la tiene quien ha impedido que una información detallada y suficiente de lo que sucedía en Vitoria llegara en su momento a la opinión pública nacional. Los que estábamos en Vitoria comprobábamos esta ausencia de información. Los que vivíamos en Vitoria veíamos que llegaba el momento de la tragedia. La sorpresa ha causado sensación en el resto de España en el que se nos consideraba como hombres razonables, ecuanimes, incapaces de estos arrebatos colectivos. Y lo somos. Lo que sucede es que, entre unos y otros, se ha dado suelta a una serie de demonios que, entre todos, debíamos haberlos tenido encerrados. Pero la falta de información no encierra nada.

Ahí, en estas líneas precedentes, hay un intento de explicación de lo que aquí ha sucedido. No sé si irán suficientemente razonadas. Yo he intentado que así sea y en ello he puesto mi leal saber y entender. ■

(*) Felipe G. de Albéniz, autor de estas reflexiones, ha sido director de "El pensamiento alavés" en su última etapa, creador y fundador de "Norte Express". Actualmente no ejerce el periodismo. Es una personalidad del carisma de siempre y del nuevo carisma.

La Capilla siXtina

LA TRAGEDIA

I la reforma, o la ruptura o la tragedia. Así de simple me lo puso el otro día un analista político de cuyo nombre no es necesario acordarse. Yo miraba sus tres dedos enhiestos y vela cómo con la otra mano los buscaba para abastirlos. Cayó el primero.

—La reforma ya ha dado de sí todo lo que podía dar. Es decir: nada.

Sólo quedaban erguidos, como conscientes de su responsabilidad, dos dedos, dos posibilidades.

—La ruptura, tal como se están poniendo las cosas, sólo la pueden protagonizar fuerzas políticas democráticas, pero ese papel protagonista sólo pueden asumirlo con el orden garantizado. Enténdeme Sixto: un orden rupturista y democrático.

Cae otro dedo.

—Si la ruptura no es posible ya sólo queda la tragedia.

La palabra entra en mi cerebro con facilidad. Está cargada de connotaciones culturales: la tragedia griega, el sentimiento trágico de la vida, la tragedia de Guatemala. Pero no. En el fondo de mí mismo sé que ahora quiere decir otra cosa, otras cosas, muchas cosas.

—La tragedia —musito.

—La tragedia —musita mi interlocutor mientras cae el último dedo, la mano compone un puño, lo deshace y vuelve a ser mano, nerviosa, buscando un lugar sobre la mesa o en el bolsillo. De ahí sale armada de un cigarrillo. Hay entre los dos un silencio de los que hacen daño, un silencio previo a la angina de pecho.

—No es posible. Además no sería una tragedia todo y siéndola. Sería un genocidio. En tres meses, la oposición democrática se ha tomado una cierta legalidad por su cuenta y no se la hará retroceder a octubre de mil novecientos setenta y cinco sin sangre. En tres meses, la clase obrera ha demostrado más presencia histórica que en treinta y seis años. Su protagonismo ha sido determinante en la crisis de la reforma. ¿Cómo se puede hacer volver a la clase obrera a las posiciones de clase ocultada? ¿En nombre de qué esa tragedia? ¿De la tranquilidad de la oligarquía? ¿De la defensa de "España"? ¿De qué "España"? ¿Es posible armar una tragedia desde posiciones ideológicas tan precarias, tan primitivas? ¿En la España actual? "A priori", es increíble.

—"A posteriori", tal vez no lo sea. Si el "bunker" no existiera, alguien lo inventaría. Hay un "bunker" económico peligrósísimo que sabe sus días contados el día que se normalice, que se democratice la vida económica. Se ha creado durante cuarenta años una nueva casta económica que coexiste con la tradicional y le resuelve de vez en cuando la coartada ideológica.

La tragedia. ¿Qué significa esta palabra? Terror y muerte, pero no en la portada de un libro en el que se historia o se inventa algo que ha sucedido o no.

Terror y muerte aquí. Mañana por la mañana. Yo, tú, él, aquél..., Abel. ■

SIXTO CAMARA